

Vivencia de Medellín/

Mons. José Dammert Bellido



La madurez eclesial adquirida por la asistencia a las Semanas Interamericanas de Acción Católica de Chimbote (Perú) y de Guadalajara (México), por la participación en el Vaticano II y la labor realizada en las reuniones del CELAM permitieron que don Manuel Larraín contara con la colaboración de un grupo de obispos para formular la urgente necesidad de reunir la II Conferencia General del Episcopado latinoamericano.

La iniciativa para celebrar la Conferencia surgió en las sesiones del CELAM realizadas en Roma durante los años conciliares; fue confirmada en la conmemoración del décimo aniversario de la creación del CELAM en 1965, presente todo el episcopado del continente, con un magnífico y orientador discurso de Pablo VI. Posteriormente, con la publicación de la encíclica "Populorum progressio" y el discurso inaugural en la Catedral de Bogotá iluminó magistralmente el desenvolvimiento de la Asamblea.

Terminado el Concilio, los obispos miembros del CELAM nos reunimos en varias oportunidades para intercambiar proyectos y planes bajo la sagaz y visionaria orientación de su Presidente, don Manuel Larraín, obispo de Talca, y uno de sus fundadores, y que en unión con don Hélder Cámara, imprimió su espíritu al CELAM. Un lamentable accidente nos privó de la colaboración de don Manuel, pero su idea

se robusteció y se consolidó en reuniones del Consejo y de sus Departamentos, y su nombre e inspiración quedaron indisolublemente ligados al CELAM.

Le sucedió el arzobispo brasileño de Teresinha, dom Avelar Brandao Vilela, quien con mano firme y suave, de "melifluo" lo calificaría el arzobispo de Puebla, Octaviano Márquez, dirigió las reuniones preparatorias, de especial relieve la tenida en Mar del Plata, en 1967. Fueron intensas y agradables jornadas por la similitud de pensamientos de quienes conformábamos el CELAM, y que simultáneamente éramos delegados de nuestros episcopados y presidentes de los departamentos, contando con la asistencia de valiosos peritos.

El acontecimiento "Medellín", esto es la Segunda Conferencia General en 1968, integrada por representantes de los países miembros del CELAM, constituyó la primera oportunidad en que obispos de América Latina reflexionaron directamente sobre los problemas pastorales que afectaban a sus iglesias, meditaron sobre los éxitos y obstáculos de la evangelización y catequización de más de cuatro siglos, consideraron las dificultades que el mundo moderno ofrecía a la actividad eclesial así como el abrirse a las perspectivas de los avances científicos y tecnológicos, afirmaron las experiencias desarrolladas y, conforme al tema estudiado "la Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio", trazaron pistas y diseñaron programas.

Acerca de la finalidad de la Conferencia de Medellín reproduzco las palabras del prelado de Ayaviri, Luciano Metzinger, compañero de labores durante treinta años con los mismos ideales:

«¿Qué se proponían, qué pretendían hacer en esta segunda Asamblea General los señores obispos de América Latina? Esencialmente: aplicar a la Iglesia de este continente las conclusiones y orientaciones pastorales del Concilio Vaticano II».

Vaticano II había reflexionado sobre el propio ser de la Iglesia, sobre su naturaleza y misión, y había llegado a la conclusión de que, para cumplir su misión que es evangelizar y ser sal y fermento en el mundo, la Iglesia debía estar real e íntimamente presente en este mundo. Todos sabemos que la misión de la Iglesia es de naturaleza espiritual, que la salvación que ella ofrece en nombre de Jesús es la salvación de las almas y la vida eterna. Sin embargo, si la misión de la

Iglesia es llevar a los hombres al Reino de los cielos, ella se siente en íntima y real solidaridad con el género humano y con su historia en la vida presente. Por eso "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos, esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (G.S., 1). En Medellín los obispos se proponen, en esta precisa perspectiva, acercarse al hombre latinoamericano. Allí "la Iglesia centró su atención en el hombre de este continente que vive un momento decisivo de su proceso histórico".

Los obispos sienten la necesidad para la Iglesia y su obligación de estar presente y de afirmar su presencia en la actual transformación de América Latina.

Del Perú asistimos ocho presididos por el cardenal Landázuri, que también presidió la Conferencia, y Durand, Dammert y Metzinger encargados de las comisiones de Pobreza de la Iglesia, Movimientos Apostólicos y Medios de Comunicación y el P. Gustavo Gutiérrez en la Comisión Teológica que tuvo relevante actuación.

Las discusiones sobre los temas de Justicia, Paz, Pastoral Popular y Pobreza de la Iglesia, fueron de las más vivaces, debido a que entraban en el papel de la Iglesia en opinar sobre las situaciones sociales, económicas y políticas que algunos consideraban ajenas a la Iglesia como institución jerárquica y no como "Pueblo de Dios", feliz concepción expuesta en la constitución conciliar sobre la Iglesia, y a las dificultades concretas de delimitar lo moral y religioso de lo simplemente temporal. El problema exige mucha atención y precisión, para no silenciar los principios cristianos por posibles reacciones políticas o sociales. La constitución apostólica "*Populorum progressio*" nos iluminó mucho, a pesar que una publicación estadounidense la había calificado de "marxismo recalentado".

El trabajo fue arduo, dado que había quienes consideraban que urgía insistir en una mayor adaptación del "Documento Base" que sosteníamos la mayoría de quienes lo preparamos, y otros que deseaban atenuarlo por considerar que alteraría la situación de la Iglesia en el Continente.

Fue una vivencia inolvidable por la hermandad estrecha que se desarrolló a lo largo de la labor común entre obispos aunados por la

posesión de ideas idénticas que pudimos exponer en las reuniones de las comisiones y en las Asambleas generales.

Desde el principio se vislumbró que algunos episcopados eran sostenedores fuertemente de una estrecha tradición eclesíástica como ya había figurado en el Concilio y otros, abiertos a las innovaciones que juzgaban indispensables, dado el cambio rápido de la realidad del continente.

Hay que advertir que la mayoría de los participantes en Medellín habíamos sido "Padres Conciliares", y volvían a relucir algunas opiniones ya expuestas en el aula de San Pedro.

Los debates en las Comisiones, con la ayuda servicial y eficaz de los expertos, aportaron opiniones que mejoraron los textos presentados a la Asamblea. El clima de fraternidad y amistad iniciado durante el Concilio prevaleció también en Medellín.

El acontecimiento "Medellín" consistió en que pastores con años de experiencia pudieron expresar razones para exponer realidades tan diversas por estar en estrecho contacto con sus pueblos, a diferencia de los esquemas propuestos en Roma, en 1899, por el cardenal Vives y Tuto, eximio canonista, pero falto de conocimiento de las situaciones reales latinoamericanas.

"*Opus iustitiae pax*", el lema del Papa Pío XII que nos orientó durante casi un ventenio, tampoco se había cumplido por lo que la paz externa e interna era inestable: veinte años más tarde la violencia ha recrudecido bajo formas agresivas y represivas, que exigen una intensa campaña de oraciones para obtener la paz.

En el tema de la "pobreza" logré la aprobación de la distinción doctrinal, redactada por Gustavo Gutiérrez, pero presentada como mía, y que es fundamental:

a) La pobreza como carencia de los bienes de este mundo es, en cuanto tal, un mal. Los profetas la denuncian como contraria a la voluntad del Señor y las más de las veces como el fruto de la injusticia y el pecado de los hombres;

b) La pobreza espiritual, es el tema de los pobres de Yavé (Cf. Sofonías 2, 3; Lc. 1, 46-55). La pobreza espiritual es la actitud de apertura a Dios, la disponibilidad de quien todo lo espera del Señor (Cf. Mt. 5, 3). Aunque valoriza los bienes de este mundo no se apega a

ellos y reconoce el valor superior de los bienes del Reino (Amós 2, 6-7; 4, 1; 5, 7; Jer. 5, 28; Miq. 6, 12-13; Is. 10, 2 et passim.);

c) La pobreza como compromiso, que asume, voluntariamente y por amor, la condición de los necesitados de este mundo para testimoniar el mal que ella representa y la libertad espiritual frente a los bienes, sigue en esto el ejemplo de Cristo que hizo suyas todas las consecuencias de la condición pecadora de los hombres (Cf. Fil. 2, 5-8) y que "siendo rico se hizo pobre" (2 Cor. 8, 9), para salvarnos.

La propuesta presentada por los Movimientos laicos no fue aceptada, luego de una fuerte discusión acerca de la primacía de la Acción Católica, sostenida entre otros por el cardenal arzobispo de México, Miguel Darío Miranda; la mayoría la rechazó, y se aprobó un segundo esquema.

Una preocupación nacida en la década del 50 frente al abandono pastoral de la gran masa quechua y aymara del altiplano del Collao, por iniciativa del p. Tomás Verhoeven, m.m. fue la restauración de los antiguos doctrineros para que catequizasen a sus hermanos. Desarrollada ampliamente se extendió a otras regiones, en el Nor-Andino, Cajamarca, Chachapoyas, Jaén, Chota, y fue urgida en Medellín conjuntamente con los obispos del Ecuador, (Mons. Proaño), México (Samuel Ruiz), llegando a la conclusión de que la Catequesis «debe adaptarse a la diversidad de lenguas y de mentalidades y a la variedad de situaciones y culturas humanas» y que es preciso "formar catequistas laicos, preferentemente autóctonos".

La *Pastoral Popular* tuvo el acuerdo de inducir al redescubrimiento de la religiosidad de nuestros pueblos, que por influencias centro-europeas había sido desprestigiada y se había tratado de reducirla desde arriba sin conocer el alma del pueblo. Gracias a Medellín fue revalorizada y es un sostén para el catolicismo de las masas. □